

Capítulo III: Marco teórico-conceptual

3.1. El estudio de las prácticas funerarias

En las diferentes sociedades, tanto pasadas como actuales, la muerte ha sido expresada mediante ritos y cultos, los cuales se han entendido como una forma de enfrentar psicológicamente la muerte, así como la necesidad de darle un carácter social y religioso a un hecho biológico. El individuo fallecido no sólo es un ser biológico, sino que también es un individuo social que al morir altera de cierto modo el orden de la sociedad (Villa 1993:16 citada en Valverde 2007:277).

Una práctica funeraria no sólo hace referencia al proceso por medio del cual se le brinda un lugar a un difunto, sino que además representa una situación en la que intervienen las ideas y emociones socialmente compartidas con respecto al acontecimiento de la muerte (Mariano 2011:18). De igual manera, las prácticas mortuorias oficiadas cuando un miembro de un grupo social pasa del mundo de los vivos al mundo de los muertos, constituyen un ritual de paso que ofrece información sobre las concepciones religiosas, las relaciones sociales, las costumbres culturales y las actividades económicas de una sociedad (Rodríguez 2005:47).

Los contextos funerarios poseen ciertas ventajas en comparación con otro tipo de yacimientos arqueológicos. La preservación y concentración de gran cantidad y variedad de evidencias en los recintos fúnebres, permiten llevar a cabo reconstrucciones temporales, espaciales, tipológicas y sociales. Asimismo, a partir de los restos hallados en los cementerios, se puede obtener información sobre particularidades biológicas y sociales, como la alimentación, la demografía, la salud, la enfermedad, el parentesco, los patrones espaciales, entre otros. Por lo tanto, el estudio del tratamiento de la muerte representa un medio para aproximarse a las estructuras económicas, sociopolíticas e ideológicas de las poblaciones analizadas (Blanco 2011:25-26).

Los arqueólogos han interpretado las prácticas funerarias desde diferentes y hasta conflictivas perspectivas. Las costumbres mortuorias han sido abordadas principalmente desde cuatro grandes enfoques: el Histórico Cultural, la Arqueología Procesual (Arqueología de la Muerte), la Arqueología Postprocesual (Postmoderna) y el Marxismo. En el Cuadro 1 se puntualizan los principales postulados de estos enfoques, con base en la síntesis realizada por Vicente Lull (2000) para cada uno de ellos.

Cuadro 1. Costumbres funerarias abordadas desde el Histórico Cultural, el Procesualismo, el Postprocesualismo y el Marxismo

Enfoque	Postulados
Histórico Cultural	• Los restos mortuorios son una expresión intangible de las creencias religiosas. • Pesimismo generalizado con respecto a la posibilidad de encontrar algún criterio que permita reconstruir la sociedad viva a partir de los de restos funerarios. • Las interpretaciones simples fueron hechas por medio de analogías formales deducidas de las fuentes históricas y antropológicas, y de las experiencias de la vida cotidiana. • Los artefactos funerarios fueron agrupados y utilizados para la descripción y la cronología de las culturas.
Arqueología Procesual	• Las prácticas mortuorias son una expresión de la realidad social en toda su complejidad. • La forma y la estructura de las prácticas mortuorias son condicionadas por la forma y la complejidad de la organización social. • El ritual funerario es un criterio para la identificación social de un individuo. Los depósitos mortuorios sintetizan las características más importantes de la persona social del fallecido.
Arqueología Postprocesual	• Los restos funerarios no son un reflejo directo de las normas de un sistema social. • La variabilidad mortuoria no refleja el estatus de un individuo. • Los patrones funerarios particulares no pueden ser clasificados dentro de niveles universales de complejidad social. • Los contextos funerarios son escenarios particulares e históricos donde la lucha de poderes se establece de manera simbólica. • Las prácticas funerarias deben ser analizadas a partir de sus propios términos.
Marxismo	• Los enterramientos son depósitos de labor social. El difunto consume lo que la sociedad ha producido. • No existe necesariamente isomorfismo entre la condición del individuo en vida y el reconocimiento social brindado postmortem. • Las asimetrías entre los sitios funerarios denotan desigualdades en el consumo social. Las diferencias en el tratamiento fúnebre no son un reflejo de las diferencias entre individuos, sino entre grupos socioeconómicos y socioideológicos. • Cada producto social supone una unidad de valor entre lo que es socialmente producido y el acceso de cada individuo a su consumo. • El valor social de los productos fúnebres deber ser calculado con base en el trabajo social necesario establecido por las relaciones sociales de producción. • Un balance entre producción y consumo deber ser trazado para detectar las asimetrías sociales.

A lo largo de la historia, las prácticas funerarias de las distintas sociedades se han constituido por muchos aspectos y factores que se relacionan de diversas maneras. Por tal motivo, es importante realizar una aproximación abierta del tema, en la cual las distintas perspectivas desarrolladas con el paso de los años tienen algo que aportar. Por consiguiente, la mejor forma de abordar esta problemática es considerando las ventajas que tienen cada una de las tendencias teóricas mencionadas, e intentando combinarlas de la manera más adecuada cuando sea posible (Abad 2006:22-23).

Actualmente, los arqueólogos pueden ser considerados como herederos de estas corrientes teóricas, así como de sus fortalezas y de sus debilidades. De ahí la necesidad que los arqueólogos determinen cuáles aspectos de cada una de ellas, podrían contribuir en la realización de una investigación (Leucona 2000:63). Haciendo uso de las palabras de esta autora, en el presente trabajo las prácticas mortuorias de la fase Cartago (900-1550 d.C.) del sitio Agua Caliente, son abordadas a la luz de los postulados de la Nueva Arqueología.

3.2. Aspectos generales de la Nueva Arqueología: principales postulados y alcances

La Nueva Arqueología surgió entre los años 1960 y 1970, como parte del proceso de modificación teórico-metodológico que tuvo lugar dentro del ámbito académico anglosajón. Hasta ese momento, el estudio de las sociedades pasadas había sido dominado por las corrientes teóricas denominadas como “tradicionales”, es decir, desde perspectivas evolucionistas e histórico-culturales. Las insatisfacciones generadas con respecto a la forma en que se estaban efectuando las investigaciones arqueológicas, así como la interpretación que recibía la evidencia, ocasionó el desarrollo de un nuevo enfoque que destacaba el potencial de los vestigios materiales (Abad 2006:2).

El enfoque Histórico Cultural se interesaba, casi exclusivamente, en resolver problemas cronológicos mediante el estudio de las variaciones en las formas de los artefactos, y en las diversas maneras de ordenación secuencial del material. Se le dio gran importancia a la seriación y se hizo a un lado la información estratigráfica, ya que se creía que los yacimientos con estratigrafía eran escasos o que ni siquiera existían (Binford 1994:103). Además, la arqueología se estaba limitando a la recolección y descripción de objetos, pero sin hacer aportes sobre las personas que los originaron, los sistemas culturales y el pasado (Johnson 2000:38-39).

Estos cambios en el esquema de pensamiento también fueron causados por el surgimiento de la técnica de datación por radiocarbono (C_{14}), y su aplicación en muestras arqueológicas. El C_{14} fue considerado como una herramienta que ayudaría a solucionar los problemas cronológicos que por tanto tiempo habían sido estudiados, y que al mismo tiempo permitiría extraer otro tipo de información. De la misma forma, la invención de otras técnicas de datación como la dendrocronología, el renovado interés por la geología y el reconocimiento de que en América del Norte había algunos yacimientos con buena estratigrafía, promovió el incremento de investigaciones en otros temas (Binford 1994:103).

La Nueva Arqueología se muestra más optimista que la tradicional y rechaza la aseveración planteada por los arqueólogos tradicionalistas, quienes mencionan que la arqueología no puede enseñarnos nada sobre la organización o la religión de las sociedades antiguas. Además, el enfoque Histórico Cultural solía explicar los cambios culturales en términos del difusionismo, perspectiva considerada por algunos investigadores como colonialista, ya que establece que los grandes acontecimientos se producen sólo en ciertos lugares. No obstante, los nuevos arqueólogos contemplan que para comprender los cambios históricos y sociales es necesario conocer los procesos que suceden en el sitio de estudio. Ciertamente los intercambios con otras zonas y la obtención de nuevas ideas desempeñan un papel en este proceso, pero no necesariamente representan los factores primordiales (Renfrew 1985:7-8).

El principal difusor de esta nueva corriente teórica fue el arqueólogo Lewis Binford, cuya aportación más destacada fue demostrar que para comprender el pasado, no es suficiente con recuperar artefactos de sociedades antiguas y realizar un escrito con base en las impresiones que ellos producen (Renfrew 1985:6). Con el afán de brindarle a la arqueología un carácter más científico, Binford sugirió a principios de los años setenta dirigir la mirada a la Antropología, la Geografía y las ciencias físico-naturales. Su pensamiento se fundamentó en el rechazo por los planteamientos del Histórico Cultural, que hasta ese momento habían dominado la Antropología, y propone una arqueología orientada a la generalización (Abad 2006:8-9).

La Nueva Arqueología contempla que el quehacer del arqueólogo debe ser estudiar el proceso cultural, el cual hace referencia a las relaciones dinámicas (causas y efectos) operantes entre los sistemas socioculturales, así como a los procesos responsables de los cambios observados en la organización y/o contenido de los sistemas, o a la incorporación

de nuevos componentes formales en el sistema (Binford 1972:87). Del mismo modo, el arqueólogo debe cuestionarse la explicación de las diferencias y de la variabilidad que se perciben en el patrimonio arqueológico, para lo que se requiere desarrollar una mejor teoría y metodología que faciliten la interpretación arqueológica (Renfrew 1985:6-7).

Binford (1994:103-104) propuso que para conocer el pasado de un modo distinto, se debían poner en práctica nuevas formas de observación que generaran numerosos hechos, los cuales remitieran a nuevos tipos de fenómenos. Motivados por este afán, los nuevos arqueólogos, adscritos al positivismo, sugieren utilizar el método científico tal como lo emplean las ciencias naturales.

El análisis del registro arqueológico es otra preocupación de los nuevos arqueólogos. Los hechos observados en el registro arqueológico pertenecen al presente y por sí solos no dicen nada del pasado. Por lo tanto, el desafío para los arqueólogos es expresar literalmente la información estática contenida en los materiales que componen el registro arqueológico, con el fin de reconstruir la dinámica de la vida en el pasado y evaluar las condiciones que permitieron que tales materiales hayan sobrevivido hasta la actualidad. La interpretación de la relación entre la estática y la dinámica se realiza desde el presente, es decir, desde contextos contemporáneos (Binford 1994:23-24).

Con el surgimiento de la etnoarqueología se facilitó la comprensión entre lo estático y lo dinámico, ya que los arqueólogos adquirieron una mejor noción sobre la formación del registro arqueológico, al convivir con sociedades contemporáneas con un modo de vida similar al de la sociedad pasada que se trata de entender. Tal fue el caso del estudio realizado por Binford con los esquimales Nunamiut de Alaska, con quienes decidió vivir y participar en sus actividades de caza, debido a su interés por los cazadores y recolectores del periodo musteriense (Renfrew 1985:7). Del mismo modo, con la arqueología experimental se han podido recrear sucesos o procesos que ocurrieron en el pasado, como es el caso de la reproducción de técnicas artesanales en cerámica y lítica (Binford 1994:28).

Una vez que la Nueva Arqueología desarrolló un marco teórico propio y profundizó en los procesos culturales, se le denominó Procesualismo (Johnson 2000:50). El valor de los procesos culturales había sido notado desde 1959 por Joseph Caldwell, quien señala en su artículo “La nueva arqueología Americana”, que los arqueólogos debían explicar los cambios ocurridos en las culturas, basándose en términos de procesos culturales (Trigger 1992:276).

Cabe destacar que a pesar de las críticas recibidas por parte de otras corrientes teóricas, como el Histórico Cultural y el Postprocesualismo, el Procesualismo generó un impulso en la metodología general de la Arqueología. De este modo, se promovió el análisis de los procesos de formación del registro arqueológico y el desarrollo de técnicas estadísticas. Además, se incluyeron las técnicas de análisis propias de la Antropología Física, especialmente aquellas relacionadas con paleopatología, estudios de nutrición y genética (Vicent 1995:22).

3.2.1. El positivismo y el método hipotético deductivo

El positivismo es una escuela filosófica cuya idea central establece que tanto en las ciencias sociales como en las naturales, es necesario desprenderse de los prejuicios y presuposiciones, así como también se deben separar los juicios de hecho de los juicios de valor y la ciencia de la ideología. De tal manera, el objetivo de los científicos sociales debe orientarse a alcanzar la neutralidad imparcial y objetiva del físico, el químico o el biólogo (Lowy 1982:10). Además, según este enfoque el progreso del conocimiento sólo es posible con la observación y el experimento y por lo tanto, se debe aplicar el método de las ciencias naturales (Briones 1996:28).

Augusto Comte (1798-1857) es considerado como el principal representante del positivismo, quien propuso que las ciencias sociales debían seguir un el mismo proceso de desarrollo que habían seguido las ciencias naturales, evolucionado desde un estado acientífico a uno científico (Johnson 2000:60). Según esta doctrina, el verdadero conocimiento es el proporcionado por las ciencias y rechaza todo conocimiento que no proviene de los hechos, especialmente el fundado por elaboraciones metafísicas. De esta forma, el término “positivo” es utilizado para hacer referencia a las ciencias que se basan en los hechos que han sido observados y analizados (Briones 1996:28, 45).

Este enfoque teórico se caracteriza por una serie de premisas, entre las que destacan (Gurdían-Fernández 2007: 42-43; Johnson 2000:59-60):

1. El monismo metodológico, el cual establece una idea de unidad y exclusividad del método científico.

2. Las ciencias naturales y exactas, como la Física y la Matemática, determinan un ideal metodológico que mide el grado de desarrollo y de perfección de las demás ciencias, incluyendo a las ciencias humanas.
3. Sólo la explicación generalizadora es válida, ya que los resultados deben ser predecibles y deben repetirse para ser considerados válidos científicamente.
4. Aquellas afirmaciones que no puedan ser sometidas a prueba, quedan fuera del ámbito científico.
5. El pensamiento científico debe ser independiente de los juicios de valor.

El positivismo ha sido relacionado con un método que consiste en la comprobación de proposiciones, al cual se le llama modelo hipotético deductivo nomológico. Según este modelo, para proceder de manera científica es necesario plantear una hipótesis concreta y contrastarla. Una hipótesis es una proposición general o respuesta tentativa a un problema determinado, cuya verdad o falsedad se desconoce y a través de la aplicación del método hipotético deductivo, se establece dicha veracidad o falsedad. De este modo, las deducciones generadas a partir de los resultados, permiten realizar explicaciones generales (Johnson 2000:60; Lorenzano ca. 1990s:3).

Siguiendo la doctrina comtiana, la Nueva Arqueología intentó elaborar generalizaciones y adoptó el modelo hipotético-deductivo-nomológico, con la intención de dirigir a la arqueología por el mismo camino de las ciencias naturales y convertirla en una disciplina más sólida y autocrítica (Johnson 2000:61). Gracias a la aplicación de este método, los resultados obtenidos no serían influenciados por las ideas del investigador y además, surgió un optimismo basado en la posibilidad de que también en las Ciencias Sociales se podría obtener conclusiones objetivas (Abad 2006:9).

En esta investigación, la utilización del método hipotético deductivo se orienta a corroborar o a descartar la hipótesis planteada sobre las diferencias sociales reflejadas en los cementerios de tumba de cajón del sector Playskool. Por consiguiente, con base en los resultados obtenidos del análisis osteológico, de ofrendas funerarias, de distribución espacial de las tumbas de cajón y del perfil paleodemográfico, se realizan deducciones con las cuales se proponen generalizaciones sobre el posible rango y estatus social del segmento poblacional inhumado durante la fase Cartago (900-1550 d.C.) en el sector Playskool.

3.3. La Arqueología de la Muerte y el análisis de prácticas funerarias

El campo de investigación de la Arqueología de la Muerte surge en los años setentas, dentro del marco de la Arqueología Procesual. Su objeto de estudio son las prácticas funerarias y el impacto de la muerte en los miembros de las sociedades. Este nuevo enfoque produjo un cambio drástico en los paradigmas que habían tratado esta temática, ya que hasta ese momento la arqueología tradicional o historicista daba una explicación simplista a la diversidad de prácticas funerarias (Abad 2006:1-2).

En el presente documento, para realizar inferencias sociales a partir de los datos mortuorios, se utiliza el marco conceptual descrito por Saxe (1970) y Binford (1971). Saxe en su investigación empleó la teoría de rol postulada por Goodenough (1965), e intentó construir un cuerpo teórico que permitiera el estudio de las prácticas mortuorias y sus determinantes socioculturales, bajo una esfera de comprobación científica. Además, Saxe utilizó una serie de términos propuestos por Goodenough, concernientes a elementos de interacción social con implicaciones arqueológicas, los cuales tienen inherencia con la presente investigación y son explicados a continuación.

El concepto *identidad social*, también llamado *estatus social* (Tainter 1978:106), es entendido como un aspecto propio del individuo, que marca la diferencia en la manera en que sus derechos y obligaciones se distribuyen con respecto a los demás (Goodenough 1965:3). Una persona posee cierto número de diferentes identidades sociales, como por ejemplo ser profesor, estudiante, esposo, padre e hijo, y los derechos y obligaciones que ésta tiene varían dependiendo de las identidades asumidas en una determinada interacción (Goodenough 1965:4). Para ilustrar esta aseveración, Goodeneough (1965:4) mencionó que los derechos y obligaciones de un médico difieren considerablemente dependiendo de si trata con otro médico, una enfermera o un paciente. Sí el estatus es una combinación de derechos y obligaciones, por lo tanto la etiqueta de “médico” ocupa un estatus diferente en cada una de estas relaciones de identidad.

La ocasión y el escenario son elementos que influyen en la selección de las identidades adecuadas para relacionarse con otro individuo. Para cualquier identidad asumida por un individuo, sólo hay un número limitado de identidades posibles que el otro individuo puede protagonizar. Cualquier par de identidades compatibles representa una *relación de identidad* (Goodenough 1965:6). Los derechos y deberes recíprocos que

enlazan a las identidades sociales en una determinada relación de identidad, dependen de la combinación de dichas identidades sociales. De esta manera, el trato que recibe un individuo fallecido refleja los derechos que éste tiene, así como las obligaciones que poseen las personas con él, de acuerdo con sus relaciones de identidad (Saxe 1970:4-5).

Algunas identidades como hombre, mujer, adulto, joven, son relevantes para todas las interacciones. En cualquier circunstancia, se debe elegir varias identidades a la vez, las cuales pueden crear una identidad compuesta. El conjunto de distintas identidades seleccionadas como apropiadas en determinada circunstancia o interacción, constituye la *persona social* (Goodenough 1965:7). Un grupo de personas sociales puede reflejar los principios organizacionales de una sociedad. Por ejemplo, en una sociedad igualitaria los niños tienen pocas identidades sociales, mientras que los ancianos poseen muchas. Sin embargo, si un infante es enterrado de manera tal que evidencia una persona social más significativa que la que presentan algunos adultos, es probable que se esté indicando un principio de rango social al nacimiento (Saxe 1970:7-8).

Apoyado en los fundamentos del enfoque procesual, Binford (1971) analizó una considerable cantidad de información etnográfica, con la cual realizó un estudio en el que compara las costumbres funerarias de un conjunto de sociedades con cuatro patrones de subsistencia diferentes: cazadores y recolectores, agricultura rotativa, agricultura estable y pastoreo. Los resultados del análisis revelaron que entre los grupos de cazadores y recolectores, agricultura rotativa y pastoreo no se encontraron diferencias en cuanto a las distinciones simbolizadas en el ritual funerario. Sin embargo, las sociedades con agricultura estable, en comparación con las otras tres, presentaron una significativa diferencia concerniente a la proposición que insinúa, una directa correlación entre la complejidad estructural del ritual mortuario y la estructura de estatus dentro de un sistema sociocultural (Binford 1971:18). De esta manera, Binford (1971:20) sugirió que las distinciones mortuorias en grupos de cazadores y recolectores se basan en la edad y el sexo de los individuos, mientras que la posición social en grupos agrícolas; independientemente del sexo, la edad o subgrupo de afiliación; representa el indicador más común de diferenciación en el tratamiento mortuario.

A pesar de que la muestra de estudio no permitió obtener información directa sobre la complejidad sociocultural de los grupos, Binford (1971:23) pudo señalar que la forma y la estructura que caracterizan las prácticas funerarias de cualquier sociedad, podrían estar

determinadas por la forma y complejidad de las características organizacionales de la misma. Asimismo, indicó que el cambio o la variabilidad en cualquier forma o estructura, debería tomar en cuenta los efectos limitantes o condicionantes que la organización social ejerce sobre las prácticas funerarias.

3.4. El enfoque procesual y la variabilidad mortuoria

Uno de los objetivos del enfoque procesualista es investigar la organización social y las dinámicas de los sistemas culturales, enfatizando en el potencial de los datos mortuorios (Chapman y Randsborg 1981:2). El registro arqueológico de los ritos fúnebres puede proporcionar una gran cantidad de información sobre las identidades sociales de poblaciones pasadas. Los individuos adquieren estas identidades porque pertenecen a los componentes de un sistema social, lo cual permite a los rituales mortuorios transmitir información acerca de la naturaleza de una sociedad pasada (Tainter 1978:110).

En la mayoría de casos etnográficos conocidos, una cultura o sociedad no se caracteriza por sólo un tipo de enterramiento, por el contrario, una sociedad podría poner en práctica diferentes formas de enterramiento, las cuales frecuentemente están correlacionadas con el estatus del fallecido. Las costumbres funerarias de una sociedad reflejan diferentes categorías de personas, categorías que muchas veces son definidas exclusivamente desde el punto social y algunas veces desde características físicas, pero tomando en cuenta las consideraciones sociales. Además, dichas distinciones se observan en las diferentes zonas elegidas para llevar a cabo los enterramientos, en la elaboración de los ritos, en los tipos de sepulturas construidas, en la orientación de los cuerpos, en la posición de los individuos, en el uso de un cenotafio³ en lugar de una tumba, o en la ausencia de alguna forma de enterramiento (Ucko 1969:270).

En un ritual funerario se pueden observar dos fenómenos: el técnico y los actos rituales. Técnicamente, las costumbres de enterramiento permiten deshacerse del cuerpo del fallecido. Desde el punto de vista ritual, las ceremonias funerarias consisten en la ejecución de actos simbólicos que pueden variar de dos maneras: en la forma en que los símbolos son usados, y en la cantidad y en la clase de referentes que brinda un reconocimiento simbólico.

³ Monumento construido en memoria de una o varias personas, cuyos restos fueron depositados en otro lugar.

La forma de los símbolos puede variar independientemente de sus referentes y dichas formas pueden ser utilizadas en diferentes situaciones. Algunos grupos comparten el mismo conjunto de símbolos mortuorios, pero los utilizan de manera antagónica, como por ejemplo la cremación en un grupo es empleada para los líderes y en otro es utilizada para los criminales (Binford 1971:16). Al respecto, Kroeber (1927:313 citado en Binford 1971:16)⁴ menciona que

El enterramiento en ríos es algunas veces reservado para líderes, algunas veces para ahogados, algunas veces es la práctica normal de un grupo. El enterramiento en una plataforma y en un árbol es en ciertas poblaciones limitada respetivamente a músicos, magos y hechizados, a los que les cayó un rayo, a los criminales y a los reyes. La cremación es generalmente reservada para criminales, pero también ocurre como una práctica usual. La exhibición es usada de diversas maneras, según la tribu, para los cadáveres de los criminales, esclavos, niños, gente común, o la población entera.

Para intentar comprender los tipos de fenómenos sociales reflejados en cualquier enterramiento, se han propuesto dos elementos generales. El primero es *la persona social* (Goodenough 1965:7) del o la fallecida, constituida por el conjunto de identidades sociales que tuvo mientras vivía, las cuales son consideradas para ser honradas cuando el individuo muere. Los principales aspectos de la persona social que reciben reconocimiento durante las prácticas mortuorias son: la edad, el sexo, el rango y la distinción de la posición social ocupada dentro de la unidad social, y la integración del fallecido dentro de los segmentos de la amplia unidad social. El segundo elemento es *la composición y el tamaño de la unidad social*, que reconoce las responsabilidades de estatus para con el difunto, según la posición social que éste mantuvo en vida (Binford 1971:17).

El lugar donde se llevan a cabo las prácticas mortuorias y la manera en la cual la realización del ritual interfiere en las actividades normales de la comunidad, usualmente varía a partir del número de *relaciones de obligación* que existen entre el fallecido y los otros miembros de la comunidad. Con base en este argumento, se propone que en sociedades igualitarias los individuos muy jóvenes poseen un rango bajo y por lo tanto,

⁴ Traducción de la autora.

presentan relaciones de obligación-estatus con muy pocas personas. Por el contrario, los individuos mayores poseen un rango más elevado y consecuentemente, comparten relaciones de obligación-estatus con una mayor cantidad de personas. De tal manera, se sugiere que las diferencias de edad pueden ser distinguidas en el ritual mortuario, a través de la colocación de diversas áreas de enterramiento dentro del espacio de vida de la comunidad. Además, la ubicación de dichas zonas puede cambiar de acuerdo con el estatus del fallecido, ya que la ejecución del ritual funerario requiere de la participación de los miembros de la comunidad, y por consiguiente, de la interrupción de sus actividades cotidianas (Binford 1971:21).

Con la intención de probar la anterior proposición y explorar la posibilidad de que otras particularidades puedan manifestar diferenciación mortuoria, Binford (1971:21) seleccionó tres variables nominales vinculadas con la persona social: el tratamiento mortuario, la preparación del alojamiento funerario y el ajuar funerario. Estas variables a su vez se subdividen en otras tres categorías, las cuales son explicadas con mayor detalle en la Figura 6.

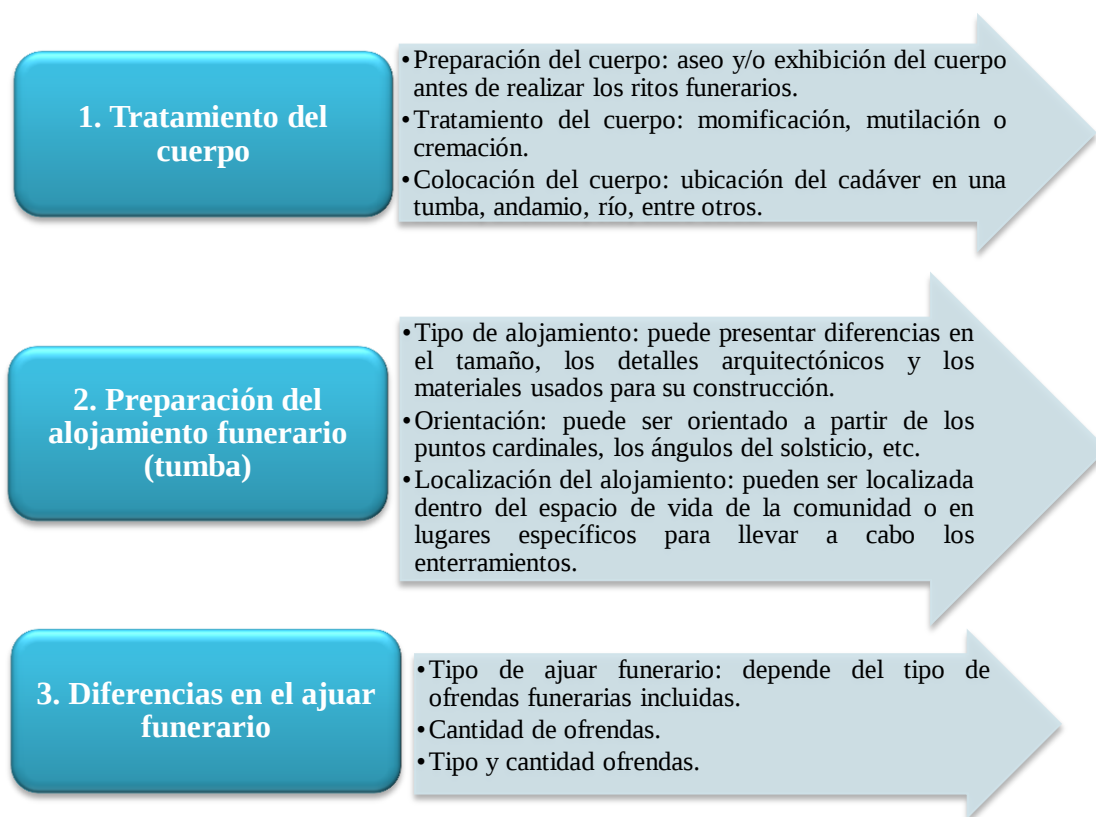


Figura 6. Categorías de diferenciación mortuoria.

Los resultados obtenidos por Binford (1971:25) en su estudio, lo llevaron a concluir que la variabilidad en el comportamiento mortuario o cultural, no puede ser exclusivamente explicada a través del contacto o la influencia con otros pueblos, ya que la variabilidad debe ser entendida a partir de las propiedades organizativas de los sistemas culturales.

Con el propósito de comprender los fenómenos sociales reflejados en los rituales funerarios del sitio Agua Caliente, en este documento se retoma el conjunto de identidades sociales que constituyen la persona social de los individuos inhumados en los cementerios de la fase Cartago (900-1550 d.C.). Asimismo, se consideran los diferentes aspectos de la persona social que reciben reconocimiento al momento de la muerte, las relaciones de obligación entre el fallecido y la unidad social y la variabilidad mortuoria expresada en los contextos funerarios, como evidencias de la organización social que tuvo el sitio durante el periodo tardío.

3.5. Distinciones sociales presentes en el contexto arqueológico

La evidencia mortuoria es un recurso arqueológico muy valioso y representa la culminación de una conducta intencionada y consciente. Muchos de los elementos visibles en el tratamiento mortuario son el resultado directo de un comportamiento determinado, mientras que otros aspectos del ritual no lo son, como es el caso de las actividades realizadas antes del enterramiento. Además, el deterioro que sufren algunos de estos elementos imposibilita su recuperación y dificulta la interpretación que el arqueólogo puede hacer sobre el patrón funerario (O'Shea 1981:39-40).

Los diversos componentes encontrados en un contexto mortuario pueden estar vinculados con distinciones sociales de dos tipos: horizontal (estatus) y vertical (rango). La desigualdad entre la división social vertical y horizontal está relacionada con dos factores. El primero de ellos es la manera en que los diversos tipos de distinción social son simbolizados en el ritual. Si las diferencias de rango son expresadas a través de símbolos de riqueza y el aumento en la energía invertida, las distinciones horizontales deben ser representadas por medio de canales de valor “neutral”. De esta manera, la ropa, el peinado, artefactos con un simbolismo particular, entre otros, corresponden a indicadores de diferencias horizontales. Desafortunadamente, tales marcadores tienen la desventaja de no preservarse y de ser ambiguos en el registro arqueológico. El segundo factor puede

interferir en la correcta identificación de la distinción social horizontal, y está relacionado con el proceso de explicación arqueológica. Los elementos del rango social se pueden distinguir por el grado jerárquico, la energía invertida y por sesgos en los valores demográficos, como sucede en algunos niveles de rango que son restringidos a hombres adultos. Por el contrario, las distinciones horizontales se caracterizan por presentar una distribución más equilibrada de edad y sexo. Es así como a partir de estos argumentos, se dice que en términos arqueológicos el rango social es fácilmente reconocido, mientras que la distinción horizontal algunas veces se manifiesta de una manera más confusa (O'Shea 1981:49-50).

Para efectos de la presente investigación, las diferencias sociales reflejadas en los contextos funerarios son de suma importancia en la interpretación de la organización social del sitio Agua Caliente durante la fase Cartago (900-1550 d.C.). Por tal razón, los conceptos de rango y estatus son evaluados a la luz de los hallazgos realizados en los cementerios con tumbas de cajón, tomando en cuenta aspectos como el ajuar funerario, la energía invertida en los rituales fúnebres, la ubicación de las zonas funerarias y la distribución de las tumbas dentro de los cementerios, los cuales se puntualizan en los siguientes apartados.

3.5.1. División social horizontal: estatus

El estatus se refleja principalmente en los rituales previos al enterramiento, como la preparación que recibe el cuerpo y la colocación de ofrendas dentro de las sepulturas, muchas de ellas de naturaleza perecedera (O'Shea 1981:50). En los análisis mortuorios, la aplicación de este concepto es de suma importancia, ya que representa un medio para que los arqueólogos evalúen la interacción social a partir de los enterramientos (Goldstein 1981:54).

Las diferenciaciones en el tratamiento mortuario correspondientes con el estatus, ostentan gran variabilidad. Las personas con estatus alto pueden ser enterradas en ubicaciones específicas, después de una elaborada e inusual preparación del cuerpo, y acompañadas por símbolos de cargo propios de su estatus y una gran cantidad de ofrendas. En el caso de personas con estatus bajo, usualmente las distinciones son efectuadas considerando el sexo y la pertenencia a un grupo de afiliación (Binford 1971:22-23).

Por otra parte, la identificación de patrones espaciales dentro un de un sitio funerario, ha permitido establecer distinciones de estatus, ya que el estudio de la organización y orientación de las sepulturas puede demostrar que:

1. Los principios de organización de la sociedad se pueden reflejar a través del grado de la estructura, la distribución y el ordenamiento de la zona de funeraria.
2. Los diferentes estatus, grupos familiares, grupos de ancestros o clases especiales pueden ser evidenciados con la relación espacial entre cada uno de los individuos inhumados dentro del área de eliminación (Goldstein 1981:57).

La presencia de patrones espaciales ha sido vinculada con grupos corporativos dedicados a la regulación de bienes. Saxe (1970:119) plantea como hipótesis que los grupos corporativos con derecho a controlar recursos limitados y cruciales, realizan los enterramientos en zonas delimitadas, permanentes y especializadas. Al comparar las prácticas funerarias de las sociedades Kapauku Papuans, Ashanti y Bondoc Igorot, Saxe comprueba dicho planteamiento, puesto que en las tres sociedades los enterramientos en zonas definidas estaban ligados con grupos corporativos. Asimismo, los cementerios Moss y Schild, localizados en la parte baja del Valle del río Illinois, se dispusieron de acuerdo con un patrón formal de área de eliminación organizada, y se sugiere que probablemente algún grupo corporativo regulaba el acceso a los recursos esenciales (Goldstein 1981:62). Por su parte, Binford (1971:22) sugiere que los diversos grupos de pertenencia (clanes, linajes, etc.) que tiene una sociedad, pueden contar con un lugar definido para enterrar o depositar a sus miembros, como un cementerio u osario, y que entre dichos grupos la orientación de las sepulturas es otro rasgo común de diferenciación.

3.5.2. División social vertical: rango social

La distinción social vertical, también conocida como *rango social*, hace referencia a las desigualdades dentro de un sistema social, que tienden a elevar a ciertos individuos sobre otros, tal y como se ilustra en la Figura 7. En términos generales, esta distinción se refleja en la elaboración de las sepulturas y en la cantidad y tipos de ofrendas funerarias depositadas en las tumbas (O'Shea 1981:41,50). Sin embargo, el rango social puede ser

expresado de forma muy diversa y generar indicios contradictorios, e incluso se puede representar de una manera tan débil que se convierte invisible para el registro arqueológico (Brown 1981:25).

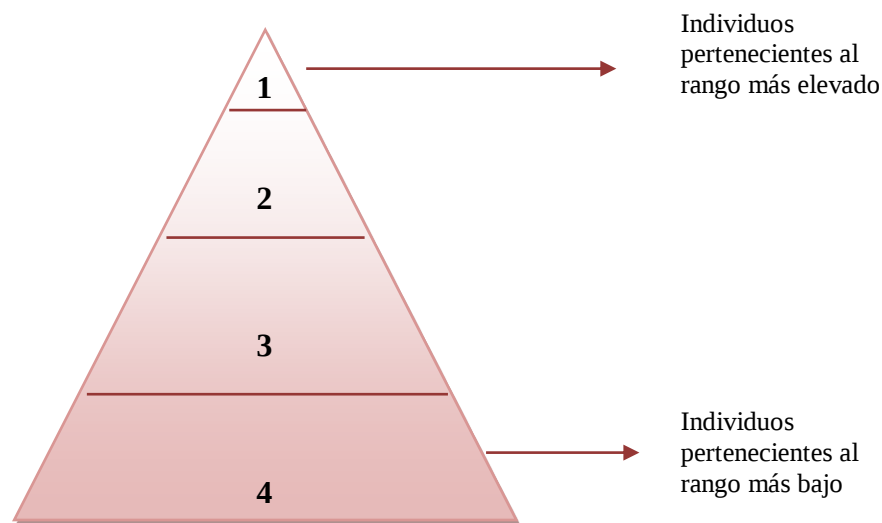


Figura 7. Esquema piramidal de la distinción social vertical.

Aspectos como la riqueza y el esfuerzo invertido en los rituales funerarios son considerados elementos que demuestran el rango social de un individuo. El porcentaje de riqueza varía de una sociedad a otra, y el esfuerzo invertido depende de la importancia que tuvo el personaje (Brown 1981:28). Por ejemplo, en el sitio Spiro las ofrendas funerarias representan un importante símbolo de riqueza, y el valor de las mismas puede ser medido a partir de la distancia de traslado hasta el sitio. De tal manera, los artefactos de cobre y de concha ocupan el primer lugar en valor y corresponden con el rango social más elevado. Los objetos hechos con piedras exóticas provenientes del Sureste de los Apalaches y de Arkansas pueden situarse en el segundo lugar, mientras que las cuchillas de pedernales exóticos en el tercero y aquellos materiales disponibles en lugares cercanos al sitio ocupan el último puesto (Brown 1971:101). Con base en estas premisas, Brown (1981:29) infiere que en aquellas sociedades con una jerarquía mínima, las distinciones son expresadas con poca riqueza y las distinciones se basan en la edad, el sexo, habilidades personales, circunstancias de muerte, entre otras. No obstante, al desarrollarse los aspectos jerárquicos

en una sociedad, los tratamientos mortuorios son representados de manera gradual con respecto al rango de cada individuo. De este modo, al acentuarse la autoridad, aumenta la cantidad de riqueza y el esfuerzo invertido en el enterramiento.

La muerte de un individuo con un rango social alto genera la participación colectiva, la interrupción de las actividades cotidianas y la inversión de grandes cantidades de energía en el ritual funerario. La energía invertida se observa en las características del enterramiento, como el tamaño y detalles del recinto mortuario, el método de manipulación y eliminación del individuo y el tipo de asociaciones que presenta la sepultura. La relación entre el esfuerzo empleado en un ritual funerario y el rango de un individuo fallecido, ha sido comprobada en 103 casos etnográficos (cf. Tainter 1975). En este estudio, se distinguieron varias categorías que evidencian rango social, como la complejidad en el tratamiento del cuerpo, la posición y construcción del recinto de enterramiento, la extensión y duración del funeral, las contribuciones materiales al ritual y el sacrificio humano (Tainter 1978:125-127).

Los símbolos de autoridad que dispone la persona fallecida, podrían ser un indicativo de la estructura social del grupo, en el cual la autoridad es habitualmente heredada (Brown 1981:29). Por ejemplo, al estudiar los cacicazgos de Hawaii se ha confirmado que durante el festival agrícola Makihiki, el cacique principal reafirma la santidad y autoridad que tiene su cargo. A través de los actos relacionados con este ritual, el cacique principal manifiesta su autoridad aceptando los regalos ofrecidos al dios Lono, con lo cual valida su derecho político de controlar la tierra y la gente (Peebles y Kus 1977:426).

El componente biológico es otro medio útil en la determinación de la composición social de un enterramiento en particular. Se presume que la presencia de jerarquías sociales divide al total de la población en dos o más segmentos, dependiendo del tamaño de la población. Cuando la autoridad es heredada, se infiere que los segmentos podrían ser muy desproporcionados, ya que las clases gobernantes constituyen una minoría. La división de la población dentro de grupos de rango da como resultado subpoblaciones compuestas por todos los grupos de edad y ambos sexos (Brown 1981:30).

3.6. Principios básicos de la paleodemografía

La paleodemografía se encarga de la reconstrucción de los perfiles demográficos de aquellas poblaciones que no cuentan con registros escritos, como los parroquiales o las estadísticas vitales, y sólo presentan los restos óseos de quienes vivieron allí. El trabajo del paleodemógrafo es recuperar información sobre los estilos de vida y la edad a la que murieron estos individuos, con el objetivo de inferir aspectos relacionados con la fecundidad y la migración (Hernández 2008:39). Esta disciplina es relativamente reciente si se le compara con la demografía, con la cual está estrechamente relacionada, así como lo está con la antropología física (Gómez de León 1998:155). Su campo de estudio va más allá del estudio de la mortalidad y de la fecundidad de las poblaciones arqueológicas, ya que incluye la estimación de la distribución, la densidad y la composición por edades de los pueblos. Además, considera porcentajes intrínsecos de crecimiento y descenso, como también puede abarcar elementos de la migración y la estructura por edad y sexo de la misma (Meindl y Russell 1998:376).

La representatividad de la muestra osteológica con la que se construye el escenario demográfico es uno de los temas más discutidos en la paleodemografía. La muestra no es elegida por el investigador, es seleccionada de manera azarosa, debido a que en una excavación arqueológica no se puede precisar si los individuos exhumados pertenecieron al total de la población que habitó el sitio en un momento determinado. De esta forma, la representatividad está estrechamente relacionada con el trabajo de campo, ya que dependiendo del sitio a estudiar y de cómo se planifica la excavación, se podrán recuperar todos los individuos inhumados en el sitio o sólo una muestra de la muestra (Hernández 1999:338).

Al desarrollar una investigación paleodemográfica, es fundamental que la muestra cuente con un número suficiente de menores de 15 años y que el 30% de ellos sean menores de un año. No obstante, esta condición difícilmente se cumple, al igual que ocurre con la representación de los demás grupos de edad y el balance entre ambos sexos (Meindl 2003, citado en Hernández y Márquez 2007:28).

Las diversas investigaciones paleodemográficas han logrado establecer una serie de aspectos generales relacionados con el comportamiento demográfico de las poblaciones, los

cuales son importantes de considerar cuando se lleva a cabo un estudio de este tipo. Algunos de estos puntos se enumeran a continuación (Brothwell 1993:109-111):

1. La expectativa de vida cambia de una sociedad a otra, y se espera que en poblaciones antiguas sea mucho menor que en las modernas.
2. La edad de fallecimiento entre hombres y mujeres es diferente.
3. La composición de los grupos de edad puede presentar variaciones de una muestra a otra, lo cual puede estar relacionado con factores culturales.
4. La razón de hombres y mujeres deber ser 1:1, pero pueden presentarse variaciones en las muestras arqueológicas.

3.6.1. La demografía y sus elementos básicos

La demografía se enfoca en el estudio de la estructura, la dinámica y los factores de la dinámica de las poblaciones que incluyen la fecundidad, la mortalidad y la migración (Welti 1997:17). La mejor manera de definir esta ciencia es partiendo de su objeto de estudio: la población. Se dice que una población es un conjunto de personas determinado por características territoriales, políticas, étnicas o religiosas y ligadas por vínculos de reproducción (Livi-Bacci 1993:9). El concepto de población no puede ser reducido al aspecto cuantitativo, puesto que la demografía no tendría sentido si se condicionara a establecer y combinar números que representen cantidades de personas. Esto disminuiría “todo el esfuerzo lógico de interpretación de la realidad de los grupos humanos al limitado fin de contar gente, como se cuentan las cabezas de rebaño” (CELADE 1975:9).

Una población se perpetúa y permanece en el tiempo, pero no es eterna. Las poblaciones se forman principalmente por migraciones con capacidades reproductivas adecuadas y se extinguen porque la natalidad es insuficiente para compensar la mortalidad, o porque distintas poblaciones se fusionan entre sí. Los individuos representan las unidades básicas de una población y sus rasgos principales como el sexo, la edad, el estado civil, el lugar de nacimiento y de residencia son de gran interés para la demografía (Livi-Bacci 1993:10). Las dos primeras características, la edad y el sexo, son fundamentales en una población, ya que determinan la manera en que ésta se compone y afecta los fenómenos demográficos y socioeconómicos de la misma (Welti 1997:17). La estructura por edad es

muy significativa debido a que la fecundidad y la mortalidad dependen en gran medida de ella. La distribución por edades varía mucho de una población a otra, en algunas hay una gran cantidad de ancianos y en otras una multitud de niños y jóvenes. Esto sucede porque el mayor o menor grado de envejecimiento responde a la natalidad, la mortalidad y al movimiento migratorio. Por otro lado, la estructura por sexo está delimitada por la relación entre los sexos al momento de nacer y por los diversos niveles de mortalidad masculina y femenina, ya que la incidencia de muerte no es igual para ambos (Livi-Bacci 1993:11-12).

La dinámica de una población hace referencia a las modificaciones que presentan, a lo largo del tiempo, los tres elementos demográficos básicos: la mortalidad, la fecundidad y la migración (Welti 1997:18). La interacción de estos tres fenómenos establece la composición, distribución y renovación de los individuos de una población (Márquez y Hernández 2001:41).

3.6.1.1. La mortalidad

La mortalidad representa un hecho social delimitado por un conjunto de condiciones biológicas, ligadas con el envejecimiento del organismo y la degeneración de sus funciones. El carácter social de la muerte remite a la importancia que tiene la organización de una sociedad en los factores que determinan la ocurrencia de la muerte. Con base en esto, la desigualdad que se muestra en la muerte ha sido señalada como un reflejo de la desigualdad social, la cual se manifiesta a través de diversas condiciones de vida (trabajo, alimentación, vivienda, higiene, cuidados personales, etc.) y de las diferencias en el acceso a servicios médicos (Guzmán 1988:30).

El fenómeno de la mortalidad indica la pérdida de un individuo de la población debido a su fallecimiento. Por lo general, la mortalidad más alta se presenta en los primeros momentos de la vida. Una vez que pasa la primera semana después del nacimiento, el riesgo de morir disminuye, pero se mantiene alto durante todo el primer año. Entre los 5 y los 10 años la mortalidad es relativamente baja, pero después de los 20 años comienza a aumentar gradualmente hasta llegar a los 40 o 50 años. Posteriormente incrementa su intensidad hasta alcanzar los últimos años de vida (Welti 1997:74, 79-80).

Cuando la muerte ocurre antes de cumplir el primer año de vida se denomina mortalidad infantil, la cual es considerada como un indicador de las condiciones de salud y

de desarrollo social de una población. La probabilidad de morir durante ese periodo es muy elevada, y se expresa en tasas de mortalidad significativamente mayores que las reflejadas en edades posteriores. Se pueden distinguir dos tipos de mortalidad infantil: la neonatal que sucede durante el primer mes de vida (a partir del nacimiento hasta antes de cumplir los 28 días) y la postneonatal que ocurre entre los 28 días de nacido y el primer año (Welti 1997:88,90).

La mortalidad también presenta una variabilidad con respecto al sexo del individuo. Por razones biológicas y socioeconómicas, las mujeres presentan una mortalidad menor en comparación con los hombres. Estos últimos suelen ser biológicamente más débiles y están más propensos a sufrir accidentes que les cause la muerte (Welti 1997:82).

3.6.1.2. La fecundidad

El proceso reproductivo en el que está inmersa la fecundidad, es entendido como una de cadena de eventos biológicos con determinaciones sociales, históricas y culturales que influyen en sus diferentes etapas. La fecundidad está más relacionada con el resultado de este proceso: el nacimiento del individuo, y hace referencia a la cantidad de hijos que cada mujer tiene a lo largo de su vida fértil (Welti 1997:99).

La fecundidad es el componente del cambio demográfico que más incide en el tamaño de la estructura por edades de una población. Un incremento en la fecundidad en un momento determinado genera un aumento en el número de nacimientos, lo cual produce una elevación de la tasa de crecimiento y una proliferación de la población de jóvenes, es decir, un rejuvenecimiento de la población. Caso contrario sucede cuando la fecundidad disminuye durante cierto periodo, ya que la tasa de crecimiento descende, la estructura por edades y sexo tiende a reducirse en la base y la población entra en una fase de envejecimiento (Gómez 2005:144).

Otros aspectos importantes vinculados con este fenómeno demográfico son la natalidad y la fertilidad. La natalidad señala la cantidad de nacimientos ocurridos en determinado momento en una población. Por su parte, la fertilidad, que en ocasiones ha sido confundida con la fecundidad, indica la capacidad biológica de tener hijos, mientras que la fecundidad representa la manifestación real de esa capacidad a través de la procreación de uno o más hijos (Gómez 2005:144-145).

3.6.1.3. Movimientos de la población

La movilidad de los grupos humanos es producida por factores económicos, políticos, religiosos y culturales, como por ejemplo la búsqueda de pareja en otro grupo como medio para establecer lazos de parentesco entre ambos grupos. La salida o llegada de individuos a una población trae consecuencias en la estructura por edad y sexo. Además, en algunos casos los movimientos migratorios son protagonizados por miembros de un solo sexo y cierta edad, por ejemplo puede incluir sólo hombres adultos (Márquez y Hernández 2001:13).

Desde el punto de vista paleodemográfico, se pueden distinguir dos tipos de poblaciones: las abiertas y las cerradas. En las primeras se reciben o expulsan personas, mientras que en las segundas no llegan ni se marchan individuos. En una población cerrada se parte del supuesto que las personas enterradas en un sitio determinado, no estuvieron influenciadas por otro grupo mientras duró la ocupación del sitio (Márquez y Hernández 2001:14).

El modelo de la teoría de las poblaciones estables propone que una población está cerrada a la migración, de manera tal que las tasas de natalidad y de mortalidad se mantienen constantes y su tasa de crecimiento es igual a cero. Para la paleodemografía, la premisa más importante de esta teoría es que la edad media a la muerte es equivalente a la esperanza de vida (Ortega 2004:190). Asimismo, al asumir que la muestra esquelética de estudio proviene de una población cerrada y estable, significa que la distribución de la muerte por edades es equivalente a la columna de muertes por edad (d_x) que se presenta en la tabla de vida (Johansson y Horowitz 1986:235).

A pesar de que se comprende que este supuesto de población cerrada pocas veces se cumple, esta teoría es puesta en práctica en este trabajo, ya que constituye un recurso metodológico que permite estandarizar los eventos demográficos de una población antigua, sin emplear cálculos matemáticos que representen la cantidad de individuos que probablemente se integraron a la población a través de la migración, lo que además es difícil de determinar con base en series esqueléticas (Márquez y Hernández 2001:15).